

cion; y el célebre Montesquieu, que si no quiso aceptar el título de adversario, tampoco merece tener el de amigo, reconoció por esto, con tanta profundidad como filosofía, que la religion tenia tambien el poder suficiente para hacer la felicidad de esta vida.

Con toda la confianza que inspiran estas convicciones, vamos á entrar en la cuestion de los colegios eclesiásticos, y en el desarrollo de nuestras ideas procuraremos hablar principalmente á la razon con observaciones filosóficas. Si alguna vez nos divagamos á explanaciones que pudieran parecer excusadas, reflexiónese, que, si nuestro siglo es de transacion y de tolerancia para todas las ideas; es exigente, rigorista, nimio y hasta zeloso tratándose de las doctrinas y establecimientos católicos: todo lo reduce á la duda, y para todo exige pruebas.

Un establecimiento cualquiera de los que están consignados á los progresos de las ciencias y al cultivo de las costumbres, no debe ser á nuestro juicio, sino un principio en accion, la variedad subordinada á un pensamiento. El carácter de los estudios, el número y disposicion de las cátedras, las máximas de la educacion y toda la economía de los procedimientos de sus agentes en el órden científico y moral, todo debe mostrarse como el desenvolvimiento práctico de una verdad general, de una verdad fecunda, de una verdad accesible y reconocida, en suma, de un principio especulativo; y este principio, á su vez, no debe ser otra cosa que la expresion sumaria donde se reconozcan las tendencias particulares y generales de un establecimiento, así por las doctrinas que difunde, como por las máximas que inculca y las virtudes que cultiva.

El principio con todas sus relaciones científicas forma la parte especulativa; su desarrollo en el sistema de la accion, constituye el órden de los medios y la parte práctica; sus resultados individuales y comunes muestran las consecuencias universales, y exhiben todos los datos de hecho, que son el principal apoyo de una buena demostracion. Para tratar pues metódicamente la cuestion general de los principios católicos en sus aplicaciones á la enseñanza y educacion pública, debemos en primer lugar determinar el principio general que gobierna todas las instituciones de la Iglesia, y el que especialmente preside á sus colegios; en segundo, mostrar los medios, ó lo que es lo mismo, este principio en su desarrollo práctico; y por último, echar una ojeada histórica sobre todos los resultados de la institucion. Tal será nuestro plan en esta disertacion académica.

PRIMERA PARTE.

Para sentar bien el gran principio científico y moral que gobierna las instituciones eclesiásticas en materia de enseñanza y educacion, debe comenzarse sin duda, recordando ciertas verdades, cuyo abandono ú olvido pudiera causar una gran confusion en las ideas sobre tan importante materia. Hélas aquí:

Primera: el fin de cada establecimiento debe siempre correr por la línea comun de la felicidad, á que así el individuo como todo el género humano, son llamados por su naturaleza, sus elementos y sus destinos.

Segunda: siendo la felicidad la expresion mas genérica de todos los resultados de cuanto el hombre y la sociedad producen, conservan y preparan en la línea del bien, á ninguna institucion incumbe el realizarla toda, si bien debe contribuir á ella dentro de los límites de su objeto.

Tercera: la bondad de una cosa no es un título bastante para su adopcion, sino que es necesario además, que sea natural y oportuna.

De lo primero resulta, que la felicidad comun es un centro de unidad para todos los establecimientos públicos. Mas á pesar de esta unidad genérica y universal, admiramos en todo aquella diversidad prodigiosa que por sus respectivos objetos guardan entre sí todas las cosas que van por último á concurrir en este punto de reunion. Pasad la vista, por

esa pasmosa muchedumbre de ramos que el entendimiento cultiva, que la imaginacion ensancha y que la voluntad adopta: examinad la agricultura, las artes, el comercio: observad los inmensos reservatorios del cálculo, las nobles tareas del metafísico, las indagaciones minuciosas y diversas del naturalista, las combinaciones exquisitas del político, las producciones vehementes del orador, las bellas y sublimes inspiraciones del poeta. ¡Qué multitud tan imponente de ramos! ¡qué diversidad tan prodigiosa de objetos! ¡qué sistema tan vario de procedimientos y de ideas! Sin embargo, ¡qué concordia tan feliz en el blanco á donde todo se dirige! ¡qué armonía tan perfecta en todos los resultados! Proscrito está de la estimacion pública cuanto no puede acelerar el progreso de la sociedad á su perfeccion, y excluido de la idea de perfecto cuanto no puede contribuir á mejorar de algun modo la condicion de la especie humana.

Pero qué, ¿el bien de la sociedad, la felicidad comun corren exclusivamente á cargo de un individuo, de una clase, de una institucion determinada? No, por cierto, y esta es una deducion exacta de la segunda verdad que ya dejamos establecida. La idea de proibir como incompleto lo que no comprende cuanto se desea, es igualmente falsa que caprichosa: no es nueva en el mundo, pero ha venido á ser mas comun, desde que se ha buscado el número mas bien que la perfeccion y profundidad de los ramos que se cultivan. Si un solo *fiat*, expresion augusta de la voluntad omnipotente, bastó al Ser Supremo para sacar de la nada la existencia y la felicidad del hombre; este se conduce de otra suerte, y el mas estrecho de los vínculos que le unen en sociedad, es el maravilloso y antiguo contraste que hoy, como en todos los siglos, ofrecen á nuestra instruccion y desengaño los resultados mezquinos del poder individual y las producciones colosales del poder combinado. Los hombres se estrechan á medida que reconocen su impotencia, y se aíslan en proporcion que el orgullo les presenta mas reducido el círculo de sus necesidades individuales. De este modo la razon y la experiencia nos enseñan, que la obra de la felicidad pública debe ser el blanco que reuna todos los establecimientos, todas las profesiones, todos los ramos de cultivo con que brindan al entendimiento las ciencias y las artes; pero que este bien general que ella comprende, no es, en resumen, sino la agregacion de muchos bienes parciales y diversos, que va colocando á su turno cada uno de los establecimientos de que se trata.

Si pues el objeto particular de cada establecimiento debe servirnos de basa para discurrir acerca de su importancia relativa, así como tambien de su bondad y perfeccion, evidente es, que ni el catálogo de los profesores, ni el número de los ramos, ni el aparato exterior, ni el énfasis de una memoria simétricamente delineada, pueden bastar nunca para formar un juicio verdadero y exacto; porque segun las ideas que llevamos expuestas, y muy en particular aquellas que implícitamente se contienen en la tercera verdad que dejamos asentada, el mejor establecimiento no es el que presenta mayor aparato, sino el que parte de principios mas fijos y seguros; no es el que cultiva mayor número de ciencias, sino el que relaciona mejor con el carácter de los principios el sistema de los medios; no es el que figura con mas gracia en los archivos, sino el que mejor logra su objeto; no es por último, el que gana mas terreno en la boga del tiempo, sino el que mejor contribuye á su fin particular y al fin general que tiene de comun con todos los otros.

¿Seria pues racional calificar desventajosamente un establecimiento por lo que no contiene, sin examinar antes las relaciones que esto pueda tener con el objeto verdadero de su institucion? ¿cualquiera influencia, cualquiera género de relaciones que se descubran en algun ramo del saber, bastan para hacerle lugar entre los que se cultivan en un colegio eclesiástico? Seria preciso para esto hacer entrar todos los conocimientos humanos en el círculo de sus estudios. El mundo físico, el mundo intelectual y el mundo moral, que abarcan en su vasto conjunto cuanto puede caer bajo la mirada del talento, tienen relaciones muy estrechas; pero esto no basta para divagar de su objeto respectivo las ideas correspondientes á cada una de las instituciones.

Por muy extendida pues, que sea la mision de la Iglesia, y á pesar del enlace esencialísimo que con ella deben tener sus propios establecimientos, hai un punto del cual no podría pasarse sin desnaturalizarlo todo, sin alterar la condicion propia de los estudios eclesiásticos, sin debilitar los sentimientos que estas instituciones engendran, y sin menoscabar de antemano las garantías que ofrecen, aun á la misma sociedad civil, el número, los conocimientos y las virtudes del sacerdocio. ¡Qué se diria de un colegio eclesiástico que mostrase á la juventud los alicientes de un estado que no tiene aquí su escuela, y los atractivos de un estudio risueño que la hiciese retroceder al aspecto augusto, pero severo, de nuestro espiritualismo, de nuestros misterios inaccesibles, de nuestros dogmas so-

brenaturales &c. &c.? ¿Se cree por ventura, que el hombre en edad tan versátil cuenta con ese arraigo de convicciones y esa firmeza de carácter á cuya posesion llegan tan pocos, aun cuando ya está para precipitarse en su caso la luz de la existencia? Bien podréis decirlo, vosotros los que conocéis por experiencia propia los graves y tiernos cuidados de la paternidad; vosotros podréis decir, si es una precaucion excesiva el rodear por todas partes á la juventud, á fin de que no se distraiga, seducida con la corriente cristalina que desliza y las vistosas flores que se marchitan, de esas bellezas de primer orden que se atesoran en la primera edad para saborearse en la madurez.

I.

Tales son pues, nuestras primeras ideas, aquellas que pertenecen á un orden mas general, que comprenden todas las instituciones, y que se han hecho valer en el mundo filosófico desde la mas remota antigüedad. Pero estas ideas fueron por mucho tiempo estériles para la sabiduría, y todavía mas estériles para la virtud y para el bien. No lo son ya, y esta es la obra de ese gran principio que la santa Iglesia coloca en el primero de los títulos que anuncian su divinidad, que pone al frente de las muchas y varias instituciones por donde difunde sus luces, propaga su doctrina, distribuye el inmenso depósito de sus gracias, ordena á la felicidad todos los estados de la vida, y combina todos los elementos naturales y sobrenaturales en que están esencialmente vinculadas la perfeccion y la dicha de la humanidad; de ese principio que, con encerrarlo y comprenderlo todo, así en el orden especulativo como en el sistema de lo práctico, trae consigo todos los caracteres de una perfeccion consumada, y pone á la Iglesia fuera de esa lei de *progreso* á que está esencialmente sujeto cuanto es oscuro en sus principios, incompleto en sus medios y limitado en su poder; de ese principio que vino á regenerar la razon en los instantes mismos en que iba á perecer á manos de la filosofía, revelando el origen, los destinos y las verdaderas condiciones del entendimiento y de la voluntad humana; que salvó la sociedad en los criticos momentos en que sus resortes, laxados ya, la dejaban caer al abismo; que creó los pueblos y los gobiernos dándoles un ser que apenas habia podido columbrar la sábia antigüedad bogando siempre con pena entre la insurreccion y la tiranía, entre la es-

clavitud y la licencia, entre el despotismo y el desorden; de ese principio que rectificó las ciencias, depuró las letras, ennobleció las artes, multiplicó y fecundó todos los preciosos elementos que preparan la opulencia de los Estados, las épocas ilustres y los rápidos progresos del género humano hácia la altura de sus destinos; dirélo de una vez, del *principio católico*, el único, por cierto, que ha podido hermanar los derechos de la razon con las prerogativas de la autoridad, las persuasiones con las creencias, el orden con la libertad.

La filosofía pagana habia percibido vagamente un fin general, y sorprendió los primeros secretos de la unidad científica, moral y social; pero jamas determinó, ni era posible tampoco, los caracteres legítimos de este fin. En consecuencia, cada secta le comprendió á su modo, y esto bastó para que, divididas desde el punto de partida, inútil fuese para el mundo antiguo el conocimiento vago de aquella verdad general. Mas el catolicismo determinó con caracteres infalibles el fin universal á que todo habia de ser encaminado, y regeneró desde sus primeros elementos la sana filosofía. Antes, lo mismo que ahora, se habia comprendido que no tenia títulos ningunos á la estimacion pública cuanto no estuviese colocado en la línea del bien; pero esta línea, que debia tirarse del hombre á la felicidad, fué por muchos siglos una bella abstraccion, ó una caprichosa y multiforme quimera. El catolicismo, iniciando á la humanidad en el conocimiento de sí propia, fijó inalterablemente los dos puntos, y tiró la línea de progreso y de perfeccion que debia recorrerse, para que todo contribuyese por su parte á la felicidad comun. Antes, lo mismo que ahora, se habia creido que no era cordura exigir de cada institucion, como un total producto, la felicidad general; pero los unos lo entendieron en el sentido de la innacion, y estrecharon demasiado el poder del entendimiento; los otros en el sentido del despecho, y engendraron y extendieron el escepticismo; los otros en el sentido de la desigualdad general que hai en todos los hombres y en todas las cosas, y dieron los mayores ensanches al orgullo de la ciencia con extraordinarias desventajas para los conocimientos y para el sistema general de las acciones. El catolicismo nos reveló la naturaleza de estas verdades, sin hacer otra cosa que moralizarlas, diciendo á los primeros, que hai no sé qué de infinito en los espacios que recorre la razon, y que nada estaria hecho mientras quedase algo por hacer; á los segundos, que todo lo sabe el entendimiento que cuenta con la fe, y todo lo puede la voluntad que cuenta con la gracia; y á los terceros,

que la razon donde se levanta la pretension absurda de deberlo todo á sí misma, podrá ensanchar cuanto se quiera el círculo de los caprichos, pero nunca conquistar un solo título al reconocimiento del género humano. Es decir, que el catolicismo dió á conocer la felicidad, estableció los respectivos objetos que á ella conducen, enseñó y fecundó los elementos bastantes para que cada institucion llenase su objeto. Columbrar la unidad en la idea genérica de una verdad fecunda, pudo ser obra de la razon; pero reconocerla en todo, enseñarla y hacerla efectiva en el sistema general de las ciencias, de los dogmas, de la moral y de la política, debía ser obra de otro principio, y, dígame cuanto se quiera, lo fué de facto del *principio católico*.

Las varias reflexiones que acabamos de hacer, como otros tantos antecedentes indispensables para reducir á sus términos precisos la materia que al presente tratamos, nos bastan, sin duda, para fijar dos ideas capitales que deben servir de fundamento á las que nos hemos formado sobre el sistema de la aplicacion que es conveniente dar en estos colegios al gran principio que en nuestro humilde concepto puede y debe gobernar todas las cosas que se dirigen al bienestar de la especie humana. Primero: el principio católico tiene una universalidad en la idea, como la tiene tambien en la forma: es decir, no solo se refiere á todos los hombres, sino que tambien afecta mas ó ménos directamente, pero siempre de un modo mui sensible, al pensamiento y á la accion humana en sus objetos y combinaciones diversas, y en sus importantes é incalculables aplicaciones. De ello responden los caracteres distintivos que presenta el mundo moderno, y que á pesar de los esfuerzos que se han hecho, principalmente en los últimos siglos, por hacerles desaparecer, se traslucen todavia suficientemente por entre las muchas sombras que han arrojado sobre la sociedad la filosofia incrédula y el indiferentismo político y religioso: de ello responden los códigos mas sabios, las épocas mas florecientes, las instituciones mas ilustres y mas útiles, los anales augustos de la caridad, y tambien los mas bellos timbres de la razon. De ello responde, por último, ese profundo exámen del catolicismo en sus relaciones con la *civilizacion moderna*, con que el insigne Balmes, elevándose hasta la altura de los primeros genios del mundo, ha puesto una nueva corona sobre las muchas que ya ciñen la frente de la España.

La segunda es que, siendo el principio tan universal como se ha dicho, pues que afecta nada ménos que á todas las ins-

tuciones, no puede desenvolverse en ningun establecimiento particular en toda su extension; pero, desarrollándose en efecto con toda la exactitud que su naturaleza demanda, comunica, dígame así, una universalidad mayor que la que pudiera pretender cualquiera otro principio diferente.

Si pues obsequiamos el principio católico en el colegio de que se trata, pero con la limitacion particular que demanda su objeto, y si este Seminario, como cualquiera otro establecimiento, debe ser siempre el desenvolvimiento práctico de un principio general, recordemos que aquel tiene muchos otros subordinados, que ora sean diversos de él, ó bien simples modificaciones suyas, se facilitan para dar el lleno á una idea tan importante, como la de subordinar á la unidad de un principio toda la economía de muchos pormenores.

II.

¿Qué hacer pues para fijar el nuestro con oportunidad y precision? ¿Cómo establecer las basas que han de servir de apoyo á la critica para calificar un establecimiento literario? Determinar su carácter propio, fijar con exactitud el objeto que se propone, subir al origen y atender al fin de su institucion; pues como ya se ha dicho, seria el colmo de la arrogancia pretender encerrarlo todo en un establecimiento particular.

El colegio que tenemos el honor de presidir, tiene una particular filiacion que le distingue notablemente de los otros; y como su mismo nombre lo indica, pertenece al número de esos planteles de saber y de virtud, que el Santo Concilio de Trento mandó establecer en todos los obispados, con el fin de proporcionar dignos ministros á la Iglesia. Es pues un Seminario de sacerdotes, una escuela eclesíastica, y con solo esto ya está dicho cuál ha de ser su economía, y á dónde conviene que se encaminen el pensamiento y la accion de todos sus agentes. La Iglesia, lo mismo que el Estado, tiene sus casas de educacion, porque la Iglesia, lo mismo que el Estado, ha menester de formar anticipadamente el espíritu y el carácter de aquellos hombres que deben echar sobre sí el gobierno de los fieles ó la direccion de los ciudadanos. Pero cada institucion se reviste, dígame así, de los caracteres propios de la autoridad que la establece, y en sus principios, en sus medios y en su fin, deben enunciar

aqueellos puntos de contacto y de separacion que entre sí tienen las sociedades respectivas á que pertenecen. Cada una tiene cierta línea de demarcacion que está obligada á respetar, bajo la pena de perder su naturaleza: línea que puede tirar cualquiera, con solo indagar el espíritu de cada institución, y descubrir el gran principio cuyo práctico desarrollo debe formar el sistema de su economía. Partiendo de estas ideas, fácil es reconocer, que para que un Seminario sea lo que su objeto pide, que es el de formar ministros de la Iglesia, necesita un principio que comprenda á todo el hombre y abraza todos los elementos indispensables de su perfeccion; un principio, que sin la universalidad del católico, (el cual reúne todos los objetos, todos los estados y todas las instituciones) sea hijo suyo, sea él mismo en una particular aplicacion, y tenga aquella generalidad que demanda el mas alto ministerio que se conoce, ese ministerio colocado entre el poder de Dios y toda la humanidad, el ministerio del Sacerdocio: un principio, por último, que en el orden especulativo comprenda todo el pensamiento, y que en el orden práctico domine toda la accion. Este principio es el que llamamos *teológico*, expresion que podrá no ser enteramente exacta; pero que sí facilita todas las aplicaciones y remueve todos los inconvenientes. No le llamamos *católico*, por lo que ya se ha dicho, aunque fácilmente vendrémos en que sea el mismo católico en una aplicacion particular: no le llamamos *religioso*, porque llegaríamos á confundirle, en la generalidad de la idea, hasta con el paganismo y con el deísmo: ménos hemos querido llamarle *filosófico*, porque la filosofía verdadera es hija, y no madre de tal principio, y la falsa le excluye totalmente del espíritu de su doctrina.

III.

Mas al oírnos partir del *principio teológico* para fundar el sistema general de nuestras ideas en orden á la enseñanza y la educacion pública, algunos poco versados tal vez en la historia de la filosofía del presente siglo, desprovistos de noticias sobre el número y carácter de las nuevas escuelas que se han organizado en el mundo para disputarse el imperio de todas las convicciones, es fácil que, dando á la cuestion que tratamos un carácter diverso del que tiene, nos atribuyan el designio de cerrar nuestros colegios á los jóvenes que no sigan la carrera eclesiástica, de reducir el número de los estudios preparatorios y de ceñir á la Teología el curso

de los estudios mayores. Verdad es que no pretendemos tener en el Seminario una escuela universal; ni lo es ni puede serlo: tiene un objeto propio, y esto basta para comprender que debe hallarse circunscrito á límites determinados. Colocarle en la línea de la felicidad y comprender en él todo y solo cuanto á su fin pueda referirse, darle aquellos aumentos y aquel ornato científico y social que no sea capaz de alterar sus condiciones esenciales: he aquí lo que pensamos sobre este punto, lo que nos propusimos fundar con el desarrollo que dimos á las tres verdades preliminares; pero lo que basta para preparar á la juventud, así en el orden filosófico como en el orden moral, para todas las carreras, profesiones y empleos que pueda seguir, abrazar ó obtener en la sociedad, lo cual excede con mucho los términos de nuestros deseos, y coronaría dignamente las esperanzas de la Iglesia y de la patria. No serán es verdad nuestros colegios la escuela del ingeniero, la academia del artista, el anfiteatro del médico, ni un instituto enciclopédico; pero sí será la enseñanza del sacerdote, la escuela del jurisconsulto y la educacion de todos los hombres que consideren la moral como la primera condicion y el primer título de lustre, provecho, garantías y ventajas para la sociedad. No: aunque oponemos en verdad una resistencia constante á la introduccion de cualquiera ramo capaz de alterar la condicion propia de nuestros colegios eclesiásticos; de nada sin embargo nos hallamos tan léjos, como de pretender menoscabar lo que existe, y limitar la influencia favorable y benéfica que estas instituciones pueden ejercer en favor de los pueblos.

La idea de servir igualmente á la Iglesia con dignos ministros, y á la sociedad con ciudadanos instruidos, cultos y virtuosos, ha sido en todos tiempos, y es hoy mas principalmente que nunca, una de las necesidades mas imperiosas para la Iglesia.

Por otra parte, el verdadero carácter del principio que profesamos, sus naturales consecuencias, sus aplicaciones universales, léjos de inspirar temores: á los que miran nuestros seminarios como los mas fuertes apoyos del bienestar político y civil de los pueblos, deben dilatar sus esperanzas delante de una perspectiva mas inmensa, si así podemos explicarnos, pues mal que pese al deísmo y al materialismo, el principio teológico es y será siempre el principio universal, el mas seguro, el mas fecundo, el mas influente y progresivo de todos los principios generadores de la ciencia. Se trata solamente de fijar nuestras ideas, para menguar de este

modo el indiscreto proselitismo que con ansiosa solicitud buscan las escuelas filosóficas de nuestro siglo; se trata de volver al buen sentido lo que le toca, de restituir á la experiencia, con nuestras mas profundas convicciones, el violento despojo que la hizo el pasado siglo, y que el presente se resiste aun á devolverle en toda su plenitud.

IV.

Mas ¿cuál es la inteligencia de este principio? se nos dirá. Este principio preside igualmente al sistema de las ideas y á la marcha de la conducta: es al mismo tiempo especulativo y práctico: bajo el primer aspecto dirige la enseñanza; bajo el segundo gobierna la educacion. En el órden especulativo reúne las verdades reveladas con las verdades naturales; la inteligencia y la fe, la creencia y la persuacion: en el sistema práctico liga tambien constantemente estos dos órdenes, haciendo producir en favor de la felicidad los mejores frutos á la voluntad humana, sostenida por la fuerza divina que Dios comunica con la participacion de los sacramentos y los otros medios espirituales. Es la razon, si se quiere, pero la razon ennoblecida y elevada en su glorioso vasallaje á la fe, prodigiosamente fecunda en sus conocimientos, árbitra de recorrer un horizonte mas dilatado, pues que se eleva hasta la region de los misterios y de los dogmas, sin perder uno solo de sus dominios naturales: es la razon viendo sin tantas sombras, como la incredulidad, á la naturaleza, al hombre, á la sociedad, á Dios en fin, y sus grandes atributos: es la razon del cristianismo, esto es, la inteligencia con el mayor grado de claridad y la mas grande suma de poder. Sin desatender uno solo de los conocimientos filosóficos y puramente naturales, el principio teológico refiere, como á su objeto y basa, toda la instruccion al conocimiento de los dogmas en el órden especulativo, y todo el sistema de la conducta á las máximas del Evangelio en el órden de la práctica. Este doble proceder, donde mil talentos superficiales ó corrompidos solo han descubierto limitacion en lo especulativo é insuficiencia en lo práctico, debe considerarse, á nuestro juicio, bajo el primero de estos aspectos, como una antorcha que difunde la luz por todos los ramos del saber humano, y bajo el segundo, como la egida mas poderosa que la voluntad puede oponer á los embates de las pasiones. Este doble proceder está contenido en el principio teológico; y este principio que por

una parte es y debe ser el tema de los seminarios conciliares, y por otra la garantía mas preciosa y competente de la verdadera virtud, dilata los espacios á la inspeccion de la inteligencia, y multiplica los recursos á las nobles miras de la beneficencia y de la humanidad; porque en el órden meramente científico no es mas que la concordia entre la *razon y la fe*, y en el sistema de la conducta viene á ser la marcha segura que debe seguir *la naturaleza* protegida por *la gracia*.

Ya lo habéis visto, este principio abraza todos los elementos de la ciencia, pues comprende la razon y la fe, todos los recursos del poder, pues encierra la naturaleza y la gracia. ¿Qué, pues, podremos oponerle? ¿Cuál de las sectas que hoi dividen la inteligencia podrá disputarle sus títulos á la conviccion, al respeto y á la gratitud? Sin embargo, este principio tiene un grave inconveniente para someter al siglo, y es el que no reconoce la omnimoda independencia y pretendida soberanía de la razon; y he aquí el *porqué* de esa lucha obstinada que sostienen las escuelas filosóficas contra las escuelas católicas.

V.

Entre las muchas escuelas que trabajan hoi por subyugar á la inteligencia humana, pueden distinguirse principalmente tres, asi porque ellas son las que tienen mas espectabilidad, como porque en su triple programa vienen á refundirse sustancialmente los principios de las otras. Estas son la escuela *sensualista*, la *eclectica* y la *teológica*. Estas escuelas han propagado por el mundo tres doctrinas diferentes, que dividiendo las opiniones en órden á los principios de las ciencias, al método de los estudios, á las reglas de la conducta pública y privada, y aun al mérito relativo de las instituciones políticas, han producido un desavvenimiento general, y puesto en duda la importancia de todos los establecimientos consagrados á la direccion literaria y moral de la juventud. Entre estos establecimientos hai unos que no han perdido su antigua filiacion, y que sin ser extraños á los verdaderos progresos de las ciencias, han opuesto de continuo á las innovaciones peligrosas una resistencia noble, negándose con heroica firmeza á transigir con las pretensiones absurdas de esa bastarda filosofia, que bajo formas tan diversas se ha presentado á combatir las creencias católicas, y pugna vigorosamente hoi por des-

quiciar en lo absoluto los fundamentos de la religion y de la sociedad. Tales son los establecimientos eclesiásticos, es decir, aquellos colegios que fundados por la Iglesia ó servidos por ella en favor de los gobiernos temporales, han hecho brillar el principio teológico en el gran sistema de las ciencias y de la moral. La verdad teológica en el respetable conjunto de sus misterios y de sus dogmas, la verdad filosófica con esa pureza y fecundidad que la comunica la union estrecha del racionio con la fe, la verdad política con esa incontrastable firmeza de que será deudora siempre á la inextinguible luz y omnimodo poder de los principios evangélicos, se adunan y ligan de tal suerte por la aplicacion constante del principio teológico en estos establecimientos eclesiásticos, que á pesar de las revoluciones políticas y filosóficas, han triunfado en los mas empeñados encuentros, y puesto á salvo de todos los naufragios los eternos é inmutables principios en que está vinculada la ciencia del hombre y de la sociedad. Estos hechos, de cuya verdad responde la experiencia de los siglos, era natural que produjesen el encono mas implacable en el ánimo de ciertos filósofos, para quienes la regla de la conducta y los principios del orden están reducidos al sistema de la duda y al arte de destruir. Por esto se ha combatido siempre la educacion eclesiástica; por esto los establecimientos nacionales regidos por el clero fueron las primeras victimas de la revolucion francesa; por esto se ha tomado tanto empeño en desalojar, cuando ménos de su punto dominante, el principio religioso en algunos planes de estudios; por esto hemos visto figurar la *Moral de Holbac* entre los libros elementales asignados para un colegio, y por esto, finalmente, el buen sentido de la nacion mejicana no ha sido parte á impedir que un ruido sordo de maligna desaprobacion haya venido á deslizarse hasta los umbrales antiguos y respetables de estas casas, que por espacio de tanto tiempo han dado ministros á la Iglesia y magistrados á la República.

¿Y con qué derecho, se han disputado los títulos que tienen los colegios eclesiásticos á la estimacion y reconocimiento de aquellos hombres que mas vivamente se interesan en la conservacion de la Iglesia y en la prosperidad de la patria? ¡Ah! los sensualistas nos tachan de retrógrados é ilusos, porque sostenemos el espiritualismo y abrimos el corazon á tendencias mas nobles que la boga del tiempo y los goces materiales de la vida. Los ecléticos nos excluyen de su comunio, porque asociamos en el sistema de

nuestras investigaciones el dictamen de la razon y las luces de la fe: finalmente, esa misma escuela que bajo el nombre de teológica, parece invitarnos con la nobleza de este título, no presenta un sistema de unidad, y ha sufrido la lei del exclusivismo ambicioso de los unos, de las exageraciones de los otros, sin que todavia se manifieste en aquella respetable economía que debiéramos prometernos mediante la aplicacion exacta y universal del principio teológico. He aquí porque ninguna de estas escuelas ha reunido hasta hoi todas las simpatías de los colegios eclesiásticos. Siempre sobrios, siempre justos, siempre sometidos á la autoridad docente que á ellos preside, admiten en su seno cuanto no altera la armonía de la razon y la fe, y repelen con firmeza cuanto puede menoscabar los derechos de la primera con la autoridad irrecusable de la segunda.

¿Será pues un capricho, una intolerancia culpable, una fanática rigidez, una sobriedad retrógrada, el motivo de nuestras convicciones y la inamovilidad de nuestras creencias? Así se explica nuestra conducta satisfactoriamente: es en extremo vago y confuso el movimiento de las ideas reinantes, para que dejásemos nosotros de pagar este contingente de sufrimiento á las preocupaciones y caprichos de nuestro siglo. Pero si, consecuentes á nuestras máximas, toleramos con resignacion los embates de las pasiones; fieles á nuestros principios, no debemos justificar con nuestro silencio las acusaciones que nos hacen principalmente los partidarios del pasado siglo. Es una gloria para la Iglesia y para un Estado católico poner al frente de sus profesiones públicas una verdad incontrastable, y haber salvado el principio teológico en el ataque mas fuerte que se le ha hecho jamas, en ese desencadenamiento frenético de la razon contra la fe, donde todas las ciencias y las artes, todos los principios de la sociedad, toda la heterogeneidad de las opiniones, todos los recursos desoladores del poder revolucionario, se hicieron servir á la causa de la irreligion y la inmoralidad; y es mui grato para nosotros ver esas vidas momentáneas que han tenido las opiniones filosóficas sufriendo el mas humilde y vergonzoso contraste con vigor perdurable de esos establecimientos de la Iglesia, que parecen adquirir mayor solidez y brillo á medida que se ejercitan mas en los combates.

Reflexionad, sobre la suerte miserable que ha corrido la escuela sensualista; calculad los progresos que podrá hacer la escuela eclética mientras no restituya á la parte dogmática lo que la corresponde; ved en seguida, si merece

el nombre de teológica una escuela que carece de unidad; y á la vista de estos desengaños, y sin género ninguno de prevención, examinad el carácter de nuestro principio teológico, su influencia científica y moral, la prodigiosa muchedumbre de sus relaciones intelectuales, la infalibilidad reconocida de sus máximas, la perenne fecundidad de sus medios para rectificar el sistema de las acciones, los por menores y el conjunto de su economía; y arrastrados por el poder de la evidencia, tendréis la satisfacción de convenir en que un establecimiento donde reina el principio teológico tiene á su favor todas las ventajas, mientras un establecimiento que le excluye reúne todos los inconvenientes.

VI.

Para juzgar definitivamente las cualidades relativas y el mérito de estas diferentes escuelas, basta considerarlas en sus resultados. El mas general de todos es la versatilidad incesante de las doctrinas, la inaquiescencia de las convicciones, el desconcierto frequentísimo entre lo especulativo y lo práctico, la anarquía perdurable en que permanece la sociedad filosófica. El espíritu de secta, que siempre ha propendido á dogmatizar extendiendo la influencia de un principio mas allá de lo que permiten la extension y el número de los objetos á que tal principio pueda referirse, ha causado no pocos trastornos en el campo de la investigacion, y desnaturalizado extremadamente el genio propio de la filosofía. De aquí esa variedad de escuelas que han ido apareciendo sucesivamente en Europa en los tres últimos siglos, desde que Newton, Leibnitz, Descartes y Bacon presentaron al talento esos nuevos aspectos bajo que podian ser considerados los diversos ramos de las ciencias. Los rápidos impulsos que estas recibieron en consecuencia de una revolucion tan feliz como la que debe la filosofía al poder intelectual de estos cuatro escritores, hicieron esperar y con fundamento que, organizándose el sistema de los estudios sobre principios mas reconocidos y mejores sentados, adelantaria la sociedad prodigiosamente, demarcándose con mas precision y exactitud los diversos puntos de separacion y de contacto que á causa de sus diferentes objetos tienen y guardan entre sí todos los conocimientos humanos. Pero el hecho es que sucedió de otra manera: el principio material invadió los dominios del espiritualismo, trató de someter al criterio de los sentidos

cuanto cae bajo la inspeccion de la inteligencia, y confundiendo hasta este punto los elementos del verdadero saber, no hizo mas que reunir de antemano los combustibles en que mas tarde habian de ser lastimosamente inmoladas la moral católica, la sana política, la sensatez de las naciones y todas las nobles esperanzas del individuo y de la sociedad. Dios quedó relegado al pais de las abstracciones; y nivelado el hombre con la condicion del bruto, las pinzas del anatómico buscaban con arrogante solicitud nuestras ideas y nuestros pensamientos en las fibras cerebrales, el fatalismo substituyó á la libertad, el egoismo á la justicia, la conveniencia al deber. El cultivo de las ciencias metafísicas se consideraba como una inocente locura, el estudio de la religion cristiana como el ocio del fanatismo, la mutua proteccion que se debian y prestaban recíprocamente la Iglesia y el Estado, como un obstáculo insuperable para el verdadero progreso de la sociedad: el espíritu fué nada, la materia todo: por consiguiente, el interes monetario constituyó la basa de la justicia, y las ciencias físicas, desnudas de sus relaciones morales, el ornato exclusivo del talento y del genio.

¿Porqué triste fatalidad ha de estar la filosofía condenada siempre á las exageraciones, y comprometida violentamente en el error, cuando mas empeñada se muestra en extender sus dominios y hacer mas practicables y seguros los senderos de la verdad? He aquí una cuestion que tienen resuelta ya y definitivamente la experiencia y la fe: porque basta echar una rapidísima ojeada sobre la historia filosófica del pasado siglo, para descubrir las verdaderas causas de este trastorno universal. Conquistarlo todo lo conquistarlo por sí misma, y no dividir con nadie los frutos de tal conquista, he aquí un lema señaladísimo, donde reconocemos la filosofía del pasado siglo. Queriéndolo conquistar todo, la filosofía traspasó con sus pretensiones los límites de su poder natural; queriéndolo conquistar exclusivamente por sí misma, desdeñó la cooperacion de la fe, y se hizo impía, sacudió las trabas de la autoridad, y se hizo escéptica; y como ni el escepticismo ni la impiedad tienen ojos para reconocer los caracteres del espíritu, la existencia y la magestad de los dogmas y la historia siempre viva de la religion y la Iglesia, la filosofía cortó de golpe estas triples relaciones, y reducida á elegir un objeto en que pudiera ensanchar su ambicion sin el sentimiento de su ineptitud, se decidió por el mundo corpóreo y se atuvo solo á los sentidos. Esta

consecuencia era precisa; y no debemos extrañar que el materialismo haya venido á reemplazar aquel imponente y magestuoso conjunto de objetos que la razon íntimamente ligada con la fe habia puesto á la vista del filósofo para ennoblecer sus procedimientos y dilatar prodigiosamente la esfera de las investigaciones.

Y ¿qué diremos de la escuela ecléctica? Verdad es, que en todas sus ramificaciones hai un fondo comun de espiritualismo; verdad es, que por todas partes son llamados los espíritus á investigaciones mas elevadas que las que provoca el sistema de la sensacion, y que el hombre y la sociedad son aquí vistos bajo un aspecto mas noble y en un sistema de relaciones mas digno; pero tambien es cierto, que todas son racionalistas, que todas pretenden crear y perfeccionar la ciencia, regularizar las costumbres y acelerar la sociedad á su fin con abstraccion absoluta de la fe, con independencia de toda autoridad docente, y sin contar con otros recursos que los mui reducidos y poco seguros de la razon humana. "El racionalismo, dice un orador célebre de nuestros dias, ha perdido á la humanidad por la duda, que parece su término natural. . . . Dos veces ha reinado en el antiguo mundo, en los tiempos de Pericles y de Augusto, y dos veces ha desarmado al entendimiento humano. Su reaparicion en Europa tres siglos há, ha producido nuevamente el mismo resultado."¹ Ni podia ser de otra manera: el mismo principio que sirve de apoyo á la escuela racionalista es un elemento fevundo de division y de trastorno; porque, cifrando aquel sus derechos en la demostracion y garantizádoles en el convencimiento, claro es que no queda ni mision estable ni autoridad reconocida: cuantos poseen la facultad de discurrir, alegan el derecho de proponer; y cuantos hallan interes en resistir á tales ó cuales opiniones, alegan la independencia de su razon, para no rendir al talento el vasallaje de la inteligencia. No hai medio: ó anarquía perpetua en la sociedad, ó alianza fiel y continua entre la razon y la fe; ó someterse á la influencia de un principio universal y divino que contenga, explique y gobierne á todo el hombre, ó dejarse arrastrar á los abismos de la duda; ó principio teológico, ú omnimoda y perpetua nulidad.

¹ LACORDAIRE. Sermon VIII. De la doctrina de la Iglesia en general, de su materia y de su forma.

VII.

Mas este principio, tan fecundo y grande cuando obra todo y sin violencia, aparece mezquino é impotente, cuando se le tiende la mano para someterle al dominio de la razon. ¿Queréis una prueba? Volveos á esa misma escuela teológica. Talentos clásicos y genios de primer orden llaman á juicio la historia antigua y la historia contemporánea, la filosofia, la moral, las ciencias, las artes, la literatura, al hombre bajo todos sus aspectos, á la política en sus inmensas ramificaciones, á la sociedad en sus formas diversas é innumerables vicisitudes; ven el desconcierto universal de las opiniones, sienten de continuo el calor de las disputas perdurables, observan con asombro la rapidez prodigiosa con que se suceden los sistemas, reconocen á cada paso la esterilidad de todos los esfuerzos del racionalismo, por todas partes escuchan el estruendoso clamoreo de los entusiastas que aplauden el progreso y se muestran deslumbrados por el esplendor que despiden todas las antorchas del filosofismo; pero notan así mismo, cómo gana extension en el espacio la inmensa y tenebrosa nube que sustrae á la vista del hombre la revelacion de su ser, y encubre á la sociedad el arcano de su origen, la ciencia de su accion y el verdadero cuadro de sus destinos. Entónces hojean el libro de la antigüedad, piden á la historia el secreto del orden, de la paz, del saber y de la virtud, que se han visto reinar en otras épocas. Un rayo feliz ilustra de concierto su entendimiento y su corazon..... Comprenden, por último, que todo subsiste por la fe, y que todo se arruina sin la fe..... columbran el secreto de una reforma universal..... van á ensayarla..... ¿Qué sucederá? ¡Dichosos ellos, y la sociedad dichosa, si ésta y aquellos se colocan bajo el poder del principio; pero desgraciados todos, si intentan someterle al poder de la razon! Por desgracia y mui grande, no sucedió de otra manera. Pero oigamos á este propósito, las observaciones que hace el orador que acabamos de citar. "Sobre las ruinas que el racionalismo habia amontonado en rededor vuestro, hubo hombres de talento que experimentaron la necesidad de volverse hácia la fe; pero en vez de mirar á la santa cruz, en cuyo rededor se agolpa la multitud de los verdaderos creyentes, quisieron elevarse por su propio vuelo á la region de los misterios; y

osados en el deseo de edificar, como lo habian sido en el furor de destruir, tuvieron el valor irreflexivo de enarbolar el misticismo¹ en medio de la capital de Francia. Ignoraban que el racionalismo puede mui bien consumir su obra á la luz del día, porque para destruir no se necesita mas que la insolencia de un rudo ataque; mientras que el misticismo, aspiracion desprovista de unidad, y por consiguiente, incapaz de fundar un gran monumento,² necesita de sombra, de silencio y de retiro, para ejercer su poder en el corazon del hombre.”

No sucede lo mismo cuando la razon, conteniéndose dentro de los límites de su luz y en la esfera de su poder, adopta, abraza y aplica el principio teológico en cualquiera de los muchos órdenes que á él están y han estado sometidos por una lei imprescriptible de la verdad. Su luz es inmensa; ilumina de un golpe la naturaleza y los misterios, revela todos los arcanos: su poder es incalculable, pues pasa por el corazon para rendir al entendimiento: su extension es infinita, pues abraza el gran sistema de las relaciones universales que ligan esencialmente á la creacion con la Divinidad. Nada verdadero, sólido y justo hai en las otras escuelas, que no se halle por entero en la escuela católica; nada erróneo, vago, imperfecto, caprichoso ó maligno, que haya contaminado jamas la pureza del verdadero principio católico: porque abraza y comprende al mismo tiempo las deducciones mas netas del raciocinio y las revelaciones y dogmas de la fe. En las otras escuelas nada hai completo; en la católica nada hai trunco: allá siempre mezcla de verdades y errores; acá la verdad siempre libre: allá vicisitudes continuas; aquí una marcha uniforme: allá divisiones perennes; acá unidad absoluta: allá perdurable anarquía; acá orden fijo, union constante, economía perpetua. “Posee pues la doctrina católica una doble forma, la forma de la razon y la forma de la fe: no es ni una ciencia absoluta, ni una fe pura y sencilla: ve y no ve, demuestra y se subyuga: es luz y sombra, semejante á la nube milagrosa que alumbraba

¹ El autor habla aquí del misticismo filosófico, y no de lo que llamamos mística, y por esto tacha de irreflexivos á los que le enarbolaron en la capital de Francia.

² La verdadera mística, no es en verdad un orden comun, sino extraordinario; pero tampoco es una aspiracion, ni ménos desprovista de unidad: obra de un modo singular y exclusivamente interior; pero sus efectos son tan sublimes, como gloriosos los monumentos que ha dejado á la admiracion.

á los hijos de Israel, á la par que cegaba á sus enemigos. ¡Le exigis hechos? os citará los hechos mas grandes del mundo. ¡Le exigis principios? os los mostrará tales que resaltarán hasta lo mas profundo del entendimiento, y abrirán allí anchas vias. ¡Le exigis sentimientos? Llenará vuestro corazon agotado. ¡Le exigis el signo de la antigüedad? Le posee. ¡La fuerza de la originalidad? Se ha levantado mas de mañana que vosotros, y os sorprenderá por su juventud. Pero una vez iluminados, convencidos, arrebatados por ella, ¿querrá cada uno de vosotros arrancarle el velo que oculta parte de su magestad? Entonces os hará caer en tierra, diciendo: *Adora y calla.*”¹

VIII.

Hemos manifestado claramente el verdadero carácter de nuestro principio teológico. Se ha visto su inmensa capacidad. Comprende á todo el hombre y estrecha íntimamente el orden natural con el orden sobrenatural. Colocados desde esta altura, comprendemos que bajo la influencia benéfica de este principio la razon no puede padecer extravío, ni el entendimiento esterilidad, ni la voluntad impotencia. Convencidos debemos estar de que en este orden rigurosamente eclesiástico todo ha tocado los términos de la perfeccion en el orden especulativo, y todo ha reunido las garantías de la felicidad en el sistema de lo práctico. Los mas varios conocimientos vienen á filiarse en la moral católica, que les da sus títulos y gobierna su aplicacion: nada quedó por definir ni por resolver, desde que la razon humana entró en los caminos de la fe, y el albedrío se hubo colocado bajo la influencia de la gracia. Tambien hemos observado cómo las escuelas racionalistas de hoy presentan el mismo cuadro que antiguamente en tiempo de los sofistas. Con algunas variaciones en el colorido y en la forma, con algunas novedades mas ó ménos accidentales, con cambios sucesivos en las decoraciones, ellas representan actualmente el mismo drama con diversos actores. ¡Qué hemos encontrado hasta ahora de positivo, grande y verdaderamente social en esos arranques frenéticos de la inteligencia, en esos vapores malignos de

¹ LACORDAIRE. Obra y sermon citados.

las pasiones políticas! Triste es decirlo; pero mas triste el conocerlo: muchas palabras; pocas ideas: innumerables teorías; pocas verdades: proyectos sin fin; ningunos resultados: promesas fastuosas; pero miserias, horrores y crímenes por todas partes. Tal es el fruto de las escuelas racionalistas. Ellas no podian producir por cierto otros resultados, cuando partiendo de la independencia de la razon, han comenzado su carrera de progreso introduciendo el cisma, digámoslo así, entre los elementos primitivos y esenciales de la verdad y del bien. ¿Qué podía resultar de aquí? Hable por nosotros uno de los filósofos que no pueden inspirar grandes recelos á los mas entusiastas partidarios de la libertad. "Uno de los mas peligrosos errores de nuestro siglo, dice Lammenais, es no considerar al hombre bajo otro aspecto que el de sus relaciones para con el hombre, y el separar en lo absoluto la sociedad presente de la sociedad futura, á la cual quiso Dios que todo estuviese subordinado en el orden que se dignó establecer. Ya desde entónces esta sociedad pasajera, lo mismo que el hombre, ni tiene fundamento alguno en que apoyarse, ni objeto con quien estar unida. Puesta en la necesidad estrecha de crearse fuera de la naturaleza un nuevo modo de existencia, marcha al azar, de ensayos en ensayos, de revoluciones en revoluciones; y la vemos con espanto atravesar rápidamente espacios desconocidos, como si se sintiese perseguida por un funesto genio. Bajo el imperio exclusivo de las constituciones humanas no hai poder, porque el hombre no tiene derecho de mandar al hombre: no hai deberes tampoco, porque, ¿en virtud de qué habia de deber el hombre alguna cosa al hombre? Luego desórden absoluto, luego muerte."

"¿Y no será esta la causa secreta de esas agitaciones que fatigan á la Europa de treinta años á esta parte? Difícil me parece el que no se advierta en la mayor parte de los pueblos no sé que vaga inquietud que les impele constantemente al cambio, un mal estar general, y como una penosa dificultad de ser. Cerradas las puertas de la vida, se buscan otras nuevas: he aquí lo que se llama el movimiento del siglo, el progreso de las luces y de la civilización: palabras pomposas con que nos estamos empeñando en cubrir nuestra irreparable miseria. Nada mas que esto pretende nuestro orgullo degradado: sobre un esqueleto inmundo echa un manto púrpura, y vedle aquí contento."

"Después que se ha perdido la verdad, quieren reemplazar su falta con la ciencia; pretenden que esta sea todo en la sociedad; religion, moral, felicidad: empuñanse por último,

en que los hijos de Adán vivan del fruto que mató á su padre."¹

¡Oh si la profundidad de este último pensamiento llegara á sondearse por los hombres que mas influyen hoy en los destinos de la sociedad! Su reinstalacion sin duda seria infalible, y nada problemático su progreso hácia la felicidad! Por lo que á nosotros toca, nos basta poner aquí á las escuelas filosóficas en frente de nuestra doctrina católica, dejando á la discrecion y sabiduría de nuestros lectores que decidan, si en la cuestion de la enseñanza y educacion pública debemos incorporararnos en ese laberinto de sistemas, que sin embargo de su variedad y oposicion, tienen todos de comun el designio de regenerar la sociedad con la aplicacion de ese funesto principio que le dió la muerte desde que apareció en el mundo; ó si ménos presuntuosos y mas prudentes, hemos de volvernos hácia esa otra escuela, que nos ilumina toda la esfera del saber con la doble antorcha de la razon y la fe, y nos comunica ese vigor divino que nace de la concordia de la naturaleza con la gracia.

Paso sin transicion, de nuestras ideas sobre el principio á nuestras convicciones sobre los medios.

SEGUNDA PARTE.

Estos medios no son en la realidad, sino el mismo principio en el vário sistema de sus aplicaciones, su metódico y profundo desenvolvimiento en el progreso de la inteligencia y en el gobierno de la conducta. Esta aplicacion ha de hacerle resplandecer, por lo mismo, en las doctrinas, en las prácticas y en las personas á quienes esté cometida la direccion general y particular de un colegio eclesiástico. La pureza y universalidad de las primeras, la bondad intrínseca de las segundas, la suficiencia de las terceras, deben hacer esperar que los medios, tocando al objeto por una parte y al principio por otra, muestren una sucesion continua ordenada y sistemática en los pormenores, y una perfecta unidad en el conjunto.

Mas qué, se dirá: ¿el principio teológico puede extenderse hasta esos ramos que giran con absoluta independencia de los misterios? ¿el principio teológico puede bastar á todos los pormenores que en sí contiene el gran sistema de la

¹ De l'education du peuple.